

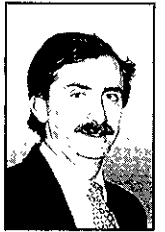


*Vicente Muñoz P. Nierua*



## Maldita Noche Buena

por Bernardo Fernández-Pacheco Villegas



Puede ser que la Navidad haya dejado de ser una fiesta religiosa y vaya camino de convertirse en la fiesta del consumo por excelencia. Incluso puede ser que ya haya llegado a serlo; no resulta nada difícil reconocer que todo el que tiene algo que vender se ofrece más intensamente, con más fogosidad por Navidad, señal inequívoca del éxito de las ventas. Los tradicionales reyes o los importados papás noeles hablan un mismo y cortinglenseado lenguaje, representativo del máximo furor mercantil. ¿Y qué ha sido de la Noche Buena, primer y principal estandarte de las fiestas navideñas? ¿Qué es lo que ha ocurrido, como consecuencia de la brutal transformación de las fiestas que todos damos por hecha?

Si bien no tengo una idea cierta de cómo era esa noche hace no mucho más de 10 ó 15 años, salvo en lo que atañe a mis propias vivencias, y aunque no creo que fuese nunca un paréntesis abierto a la fraternidad, por lo que puedo saber de las actuales cualquier comparación entre aquéllas y éstas parece imposible.

La Noche Buena en Manzanares, la única que conozco, la conozco principalmente de oído. No soy aficionado a trasnochar, más bien todo lo contrario, y como quiera que la ventana de mi alcoba está próxima a la carrera noctámbula, me llega el jorgorio con cierta precisión, máxime si en los alrededores de las cuatro esquinas cercanas se celebra alguna fiesta.

Lo fundamental de la noche es que las bandas de jóvenes toman la calle. Son bandas de la primera hornada juvenil, es de-

cir, entre 15 y 18 años, no más, y sintiéndose plenamente en posesión de sus dominios expresan sin inhibiciones una curiosa versión de la exaltación navideña. La puesta en escena guarda, no como plato fuerte, sino como moneda de cambio habitual, el botellazo, la pendencia, la obscuridad hecha gritos y también los pasajes blasfemos. Todo ello siguiendo una dinámica de avalanchas, discontinua, no exenta de sobresaltos.

Aún resuenan con claridad en mis oídos el fulminante lenguaje de los mozalbetes del año pasado, fanfarrones y vocingleros, señalando a un tal «Buti», entre pendencia y pendencia, como objetivo de sus airados testimonios. Y no deja de estremecerme, por paradójico, que la calle se inunde con el grito obsceno bajo compases de estribillos de villancicos, o con la rotundidad de la blasfemia, cuando los ecos de la misa del gallo apenas han desaparecido.

La mañana del 25, la primera cara del día de Navidad, nos muestra el paisaje de la refriega nocturna: la luna rota, el vómito, los cascos de botella tapizando calles y plazas, los últimos y ojerosos muchachos que aún no han vuelto a casa,...

No es la noche en vela. No es el escándalo por lo oído o por lo visto. No es la queja de otros contra un tiempo dominado por el patrón dinero como único valor. Es la alteración por el contraste y la inoportunidad, es la amarga sonrisa ante la ironía incontrolable de la vida: ¡Mira que convertir, justo la Noche Buena, en la noche más pagana y despiadada del año!.